

AÑOS 1870 Y 1871 EN FRANCIA Y EN ESPAÑA: A VUELTAS CON EL PUEBLO

Marie-Angèle Orobon

Université de la Sorbonne Nouvelle-Paris III

En un estudio reciente consagrado a Jules Vallès, uno de los actores de la Comuna de París de 1871, y a los tres testimonios que dejó el escritor francés de aquellos acontecimientos —un periódico, *Le cri du Peuple*, una obra de teatro, *La Commune de Paris* y una novela de publicación póstuma *L'Insurgé*— se considera que estas tres representaciones literarias ofrecen «trois projections d'un héros: non individuel, mais grand, le Peuple, qui est partout à la fois présence et acte»¹. Pocas dudas caben de que los acontecimientos parisinos y sus diferentes representaciones inmediatas o posteriores resaltan la actuación del pueblo visto como fuerza motora, pero también destructora y manipulada, en todo caso como elemento dinámico valorado positiva o negativamente según la ideología de aquellos que analizaron la Comuna de París. Tampoco cabe duda de que en el lenguaje político de la época ocupa el pueblo un lugar señero, como en todo ese siglo XIX preocupado por identificar a los actores de la historia². La mayoría de los análisis coinciden en interpretar la Comuna como la culminación de un movimiento más profundo que se enraíza en el conflic-

¹ Roger BELLET, «Trois représentations de la Commune de Paris par Jules Vallès: *Le Cri du Peuple*, *La Commune de Paris*, *L'Insurgé*», en Gilbert LARGUIER y Jérôme QUARETTI (dirs.), *La Commune de 1871: utopie ou modernité*, Perpignan, Presses universitaires de Perpignan, Collection Études, 2000, p. 353.

² Escribe Alain CORBIN «[A]ux yeux des hommes du XIX^{ème} siècle, la Révolution constitue, à la fois, le point de départ de la réflexion sur le devenir historique et l'horizon de l'histoire. Elle semble à beaucoup un abrégé, une «coupe où se laissent voir les lois et les mécanismes» du passé et du futur. En fonction de cette capacité de dévoilement, les hommes de ce temps réinterprètent le passé et s'efforcent en permanence d'identifier les acteurs de l'histoire —classes moyennes, peuple, prolétariat—, dont ils attendent ou perçoivent l'avènement au fil des bouleversements politiques», *Le XIX^{ème} siècle*, Isabelle POUTRIN (dir.), Paris, Berger-Levrault, 1995, p. XVII (prólogo).

to franco-prusiano que estalla en julio de 1870. Partiendo de estas premisas, el estudio que sigue propone una aproximación semántica al concepto de pueblo a través de las representaciones inmediatas que aparecieron en España, es decir en el breve período de los años centrales del Sexenio Democrático, cuando se reciben las noticias de la guerra franco-prusiana y de la Comuna de París. Se centra el análisis en tres momentos clave: la declaración de la guerra franco-prusiana (julio de 1870), la proclamación de la república en Francia (septiembre de 1870) y los acontecimientos de la Comuna de París, siendo todos ellos momentos de crisis política y social o de claro proceso revolucionario. Se considerará cómo la visión de acontecimientos ajenos viene a influir en la visión propia y especialmente en la reconsideración del pueblo. Veremos cómo el pueblo, en tanto que realidad socio-política, se halla sometido a revaloraciones pero también vigorizado al calor de los numerosos ecos que despiertan los acontecimientos franceses en la prensa española según las diferentes tendencias que integran el panorama político de la época —progresista, alfonsista, carlista, republicano-federal e internacionalista— y también en la historiografía inmediata. El protagonismo renovado que cobra el pueblo en aquella coyuntura da lugar, como se verá, a una exaltación del pueblo, así como a visiones antagónicas del mismo.

El pueblo en duda

El conflicto bélico que estalla entre Francia y Prusia en julio de 1870 monopoliza las columnas de los principales portavoces de la prensa española de la época, por varias razones. La primera es que España no era del todo ajena a dicho conflicto, de hecho la vacancia del trono de España tras la caída de Isabel II en la revolución de septiembre de 1868 había servido de detonante al estallido de la guerra entre ambas naciones; además el conflicto se desarrolla en las mismas puertas de España precisamente en un momento de crisis o de indefinición política y el conflicto, exterior, viene a agudizar la situación de crisis interna. Además, los adelantos técnicos, el desarrollo de las agencias de prensa agilizan el acceso a la información de procedencia extranjera. Cuando estalla la guerra franco-prusiana y se inicia poco después el sitio de París (19 de septiembre de 1870), algunos órganos de prensa (*La Iberia*, *La Época*) publican relaciones de sus corresponsales, otros se valen de las noticias de agencias.

Las noticias de las primeras derrotas de las tropas francesas contra Prusia despiertan inmediatos ecos interiores, así la situación política de España se analiza a la luz de los acontecimientos ultrapirenaicos, provo-

cando entre los carlistas y liberales un repliegue patriótico que va acompañado de un unánime y exaltado llamamiento al pueblo. El diario carlista *La Esperanza* ensalza al pueblo, guardián de los valores de la tradición, al «pueblo de Guzmán el bueno»³. *El Imparcial*, liberal, resucita al pueblo español de 1808 cuyo heroísmo se opone al desaliento francés tras las primeras derrotas⁴. Para *La Iberia*, portavoz del liberalismo progresista, los pueblos, claramente asimilados a las naciones, encarnan la defensa de la libertad y de la independencia. «Cuando los pueblos se batan por la libertad, aun vencidos son vencedores. [...] Cuando las naciones pelean por su independencia, triunfan siempre, siempre, absolutamente siempre»⁵ comenta *La Iberia* después de recibir las noticias de los recientes descabros franceses. La paradoja —«aun vencidos son vencedores»— presenta una ambivalencia interesante en cuanto que por una parte recalca el dinamismo de los pueblos que se imponen como una fuerza motora, incluso en la derrota, a la vez que insinúa que la victoria de los pueblos no puede ser sino «teórica», moral o simbólica. Sin embargo, en este mismo órgano se recuerda que el pueblo fue el vencedor de la dinastía con ocasión del trigésimo aniversario del pronunciamiento de Espartero contra María Cristina: «La dinastía despreció al pueblo y sus libertades y el pueblo reforzó sus libertades y venció a la dinastía»⁶. Si bien el pueblo se considera en los órganos progresistas como fuerza garante de libertad, también se resalta su prudencia, su tranquilidad. Por lo tanto el pueblo aparece como una fuerza definitivamente encauzada, controlada, que encaja en la ideología liberal de orden y libertad⁷. Eso mismo da a entender la valoración hiperbólica de la cordura, tacto y prudencia del pueblo de Madrid en *La Iberia* cuando se teme alguna posible influencia de la crisis exterior:

«Tenemos confianza en que no se turbará en Madrid el orden, sean las que quieran las complicaciones que surjan fuera, porque el pueblo de Madrid es un pueblo modelo de sensatez, de cordura, de patriotismo, y en las circunstancias más críticas y graves ha demostrado más tacto y más prudencia que todos los demás pueblos del mundo en iguales circunstancias»⁸.

³ *La Esperanza*, 30-VIII-1870.

⁴ *El Imparcial*, 13-VIII-1870.

⁵ *La Iberia*, 17-VIII-1870.

⁶ *La Iberia*, 1-IX-1870.

⁷ *La Iberia* recuerda en su número de 1-IX-1870 que en las revoluciones de 1854 y 1868 el pueblo dio «las pruebas más notables del amor que siente por la patria, la libertad y el orden».

⁸ *Id.*, 12-VIII-1870.

El pueblo se ve instrumentalizado por el liberalismo progresista gobernante en España y convertido en el mejor propagandista del éxito del progresismo en los primeros años del Sexenio y, finalmente, en valladar contra los posibles excesos, entiéndase excesos revolucionarios. Es lo que confirma el análisis siguiente, después de proclamada la república en Francia y cuando ya se han iniciado las primeras andaduras de la Comuna: «no podemos menos de dar las gracias al pueblo que tan bien ha realizado los destinos de España»⁹. El pueblo —o sea el pueblo español— se ve como estancado en las victorias pasadas, es el garante del orden presente.

Por el contrario, los republicanos destacan el protagonismo del pueblo en tanto que fuerza actuante que avanza y atropella si viene al caso. En una España reducida a ser, en 1870, una monarquía sin rey, la oposición republicana esgrime al pueblo como una amenaza dispuesta a instaurar la república: «si el Gobierno y las Cortes no pueden constituir la monarquía, el pueblo se levantará para constituir su gobierno, el gobierno de la democracia, el gobierno de la República»¹⁰. El pueblo se asimila con el progreso:

«Los pueblos no esperan a que les DEN la forma que apetecen: los pueblos no tienen paciencia y se la TOMAN, así se opongan murallas de granito y poderes tenidos por infalibles y permanentes. ¡Permanentes! No hay permanente más que el afán de progresar. «Anda, anda», «go a head (*sic*)» es el estímulo de la civilización»¹¹.

En la prensa federal, las iniciativas del pueblo se señalan tipográficamente con el empleo de mayúsculas. En una perspectiva positivista se asimila al pueblo con el progreso y al progreso con una fuerza irreprimible («el permanente afán de progresar») que hace avanzar a la civilización¹². Las numerosas ocurrencias de la voz *pueblo* en la prensa republicana, en particular en las columnas consagradas al análisis de los acontecimientos parisinos, tienden claramente a mitificar el concepto de pueblo. Representa el pueblo una fuerza invencible, valladar contra las tiranías y prueba de civilización¹³. Recoge esta imagen idealizada que se transmite al filo de los acontecimientos ultrapirenaicos el legado romántico en el cual el pueblo aparecía a los ojos de la élite intelectual francesa de 1848 como la «reserva de fuerzas nuevas y sanas», como lo definiera el historiador Maurice Agulhon¹⁴.

⁹ *Id.*, 26-III-1871.

¹⁰ *La Discusión*, 29-VII-1870.

¹¹ *La Igualdad*, 14-VIII-1870.

¹² También los progresistas asimilan al pueblo con el estandarte del progreso.

¹³ *El Pueblo*, 28-VII-1870 y *La Igualdad*, 10-VIII-1870.

¹⁴ Maurice AGULHON, *1848 ou l'apprentissage de la république*, Paris, Seuil, 1973, p. 13.

Pueblo y masas

Mientras que la noción de pueblo se ve reducida a una mera abstracción en el caso del liberalismo gobernante, una «reserva de fuerzas» desencarnada, el concepto de pueblo se ve vigorizado entre los republicanos y precisado por el término «masas». El diario republicano *La Discusión*, en julio de 1870, al deplorar en un artículo titulado «Momentos supremos» que las Cortes constituyentes «fiel y viva representación del pueblo» no concreticen en leyes «los principios del derecho hasta aquí hollados y desconocidos», declara solemnemente en una fórmula algo ambigua que «las conquistas revolucionarias no salen de la conciencia del pueblo a la luz de los decretos; duermen en el deseo y en la aspiración de las masas»¹⁵. El citado artículo critica con virulencia el desvío de la Revolución por el partido progresista y muestra que el pueblo finalmente ha abdicado sus poderes en «los vencedores», los progresistas, que han engañado al pueblo. De ahí que se encargue a «las masas» de encarnar, pero en estado latente, el afán revolucionario. Poco más tarde, el mismo diario republicano, al comentar los disturbios en París, a mediados de agosto de 1870, vacila entre «masas» y «pueblo» para definir a las categorías sociales que se manifiestan en aquellos momentos:

«Al lado de esto no cesa la agitación del pueblo y la efervescencia de las masas que todo lo invaden, ávidas de novedades de la guerra y más ávidas todavía de la caída del imperio [...]; tal y tan grande es la tempestad que se ha levantado en los ánimos de todos los ciudadanos libres de la Francia, cuya tormenta crece con las noticias más exactas y detalladas que se reciben de las últimas derrotas»¹⁶.

La cita establece una clara distinción entre «pueblo» y «masas», como para designar a categorías sociales diferentes, sin embargo el sintagma «los ciudadanos libres» reúne a ambas categorías en la reivindicación de la libertad y hace por lo tanto de «pueblo» y «masas» sinónimos. Jean Dubois en su conocido estudio sobre el vocabulario político y social en Francia entre los años 1869 y 1872 da los dos términos como sinónimos citando a Rochefort (1870) —«Je pourrais ajouter que le peuple... (*interruption*), les masses si vous voulez»¹⁷— y a Flaubert (1871) —«Le peuple est un

¹⁵ *La Discusión*, 30-VII-1870.

¹⁶ *Id.*, 12-VIII-1870.

¹⁷ Jean DUBOIS, *Le vocabulaire politique et social en France de 1869 à 1872*, Paris, Librairie Larousse, 1972, p. 373.

éternel mineur, et il sera toujours (dans la hiérarchie des éléments sociaux) au dernier rang, puisqu'il est le nombre, la masse, l'illimité»¹⁸. En cuanto a la diferenciación discursiva y semántica entre «pueblo» y «masas», la historia de la Comuna de París que escribe el republicano Ramón de Cala en 1872 aporta elementos interesantes. Si bien el pueblo encarna en el plano teórico el movimiento revolucionario: «Toda revolución justa tiene mucho que destruir y mucho que edificar, y el pueblo solamente, en esas horas primeras de delirio, puede ejecutar la obra de destrucción y preparar los cimientos para el nuevo edificio»¹⁹, en la práctica, son las masas las que actúan, ellas son las que invaden la Asamblea francesa en el momento de la proclamación de la república el 4 de septiembre de 1870²⁰, las mismas masas toman la iniciativa en el movimiento insurreccional del 18 de marzo de 1871 que inaugura el episodio comunero²¹. Las masas se asimilan con la praxis revolucionaria, sin que por eso pierda protagonismo el pueblo, ya que éste queda totalmente identificado con la revolución por Ramón de Cala: «La revolución era el pueblo mismo»²².

Al mismo tiempo, el pueblo se ve sometido a redefiniciones que corresponden a reapropiaciones. Así los progresistas, por voz de *La Iberia* después de la proclamación de la república en Francia, reivindicaban al «verdadero pueblo», rechazando al «populacho»²³. Por el contrario, y sin que eso sea muy sorprendente, *La Federación*, órgano internacionalista, también sobredefine su concepto de pueblo como «el verdadero pueblo, que no es conservador»²⁴, prefiriéndole a menudo el término «trabajadores» o «proletariado».

Antagonismos y antonimias

Si bien el concepto de pueblo parece plagado de ambigüedades en tanto que fuerza motriz, agente y motor de la revolución para los republicanos con las salvedades que acabamos de ver o coartada de su presencia

¹⁸ *Id.*, p. 293. La cita de Flaubert está sacada de una correspondencia con George Sand.

¹⁹ Ramón de CALA, *Los comuneros de París*, Madrid, Oficinas de La Igualdad, 1872, t. 1, p. 146.

²⁰ *Id.*, t. 1, p. 127.

²¹ «Esta vez, como siempre, guiadas las masas por su honradez intachable, e inspirándose en sus nobles instintos, tomaron a su cargo la salvaguardia de los intereses sociales y la garantía y la libertad de todos los ciudadanos, sin distinguir entre amigos y enemigos», *id.*, t. 2, p. 41.

²² *Id.*, t. 2, p. 286.

²³ *La Iberia*, 6-IX-1870, por ejemplo.

²⁴ *La Federación* (Órgano de la Federación barcelonesa de la Asociación Internacional de los Trabajadores), 28-VIII-1870.

en el poder para los liberales, este concepto conserva un protagonismo exclusivo en tanto que fuerza antagónica. El pueblo es, sin lugar a dudas, el mejor valladar contra las tiranías y los absolutismos, tanto para liberales como para republicanos e internacionalistas.

La guerra franco-prusiana suscita el desarrollo de movimientos antibelicistas y pacifistas, a la vez que provoca el rebrote del ideal de los Estados Unidos de Europa entre los republicanos que recogen aquella utopía que había sido formalizada sobre todo por el italiano Mazzini, para quien a la santa alianza de los reyes ha de suceder la santa alianza de los pueblos. Entre los internacionalistas se multiplican los llamamientos a la fraternidad universal en contra de los patriotismos que no hacen más que dividir. Pero es cierto que en este caso más bien se dirigen los llamamientos a los hermanos obreros y no a los pueblos²⁵. En los portavoces republicanos, se denuncian las guerras como asunto exclusivo de déspotas que manipulan a los pueblos convertidos en juguetes de sus ambiciones²⁶.

Pero sobre todo se consagra en aquella coyuntura en España, y al calor de los acontecimientos parisinos, la antonimia pueblo/burguesía, o, dicho en otros términos, para los internacionales, la burguesía se presenta como elemento opresor social y político del pueblo, expresado esta vez sin adjetivos ni sobredefiniciones. En Francia, como lo analiza Jean Dubois en su estudio anteriormente citado, ya se perfila la oposición pueblo/burgués a partir de 1793 y se afinca entre 1869 y 1872²⁷, constituyendo los eventos parisinos de junio de 1848 un hito importante en la acuñación de dicho antagonismo. Eso mismo recuerda el órgano madrileño de los internacionales, *La Solidaridad*, al proclamarse la república de 1870: la república no ha hecho sino aupar al poder a la burguesía —a la que aún se designa bajo los vocablos de mesocracia o clase media—, es decir a los «enemigos del pueblo»²⁸, añadiendo que en junio de 1848 la burguesía mandó al ejército contra los «valientes defensores de las barricadas»²⁹. El pueblo ha de

²⁵ Pienso, por ejemplo, en el llamamiento que dirige la sección parisina de la Internacional el 1-VII-1870 a sus «hermanos de Alemania» publicado luego en *La Federación* el 31-VII-1870. Algo más tarde, el 17 de julio, *La Federación* publica la respuesta de la sección de Barcelona: «Trabajadores de Francia y de los países todos: Vuestros hermanos los trabajadores de España, sabrán mostrarse dignos de vuestras humanitarias aspiraciones, estaremos siempre con vosotros tratándose de combatir el despotismo y de emancipar el trabajo, y nunca contra vosotros para favorecer la ambición de los grandes y perpetuar la servidumbre de los débiles. [...]»

²⁶ *La Discusión*, 26-VII-1870 y *La Igualdad*, 23-VII-1870.

²⁷ Jean DUBOIS, *op. cit.*, p. 110.

²⁸ *El Obrero*, 11-IX-1870 citado por *La Solidaridad*, 17-IX-1870.

²⁹ *Ibid.*

emanciparse del poder opresor de la burguesía: «Ella [la clase media] ha desencadenado la guerra sobre la Francia, por sus cobardes complacencias con el poder; y el pueblo, que comprende esto, comprende también que le corresponde a él ahora manejar con sus propias manos los intereses de la patria»³⁰. Bajo la influencia francesa, en el vocabulario político empieza a utilizarse precisamente en esos años el término burgés o «burgués», con morfología aún vacilante, primero en los órganos internacionales y con el significado de clase media³¹.

Claro, el gran actor de la Comuna de París es el pueblo, el pueblo es el que actúa contra la reacción y la opresión, contra el ejército —«esa eterna máquina de acuchillar pueblos que se llama ejércitos»³²—, contra Versalles. Una de las grandes historias de la Comuna escrita no por uno de sus miembros, pero sí por uno de sus combatientes y defensores, el periodista Prosper-Olivier Lissagaray, coloca en primera fila al pueblo³³. Se subraya en los órganos republicanos e internacionales que es el pueblo quien ha sido el actor de la revolución social que se ha llevado a cabo cuando ya la Comuna ha sido ferozmente reprimida. El episodio comunero significa el final de la revolución política: «La clase media, es decir, la minoría que tiene hace tiempo vinculados en su mano la riqueza, la ciencia y el poder, ha cerrado ya su período revolucionario»³⁴.

El pueblo, héroe, víctima, y mártir

Se puede observar que en la visión de los acontecimientos parisinos desde los diferentes órganos de la prensa española impera en un momento u otro la retórica victimista referida al pueblo. Para los carlistas, el desfrenado de la turba que se produce en la capital en el momento de los sucesos comuneros es la prueba de que el pueblo francés no es sino un pueblo extraviado, mal dirigido³⁵. El desdichado, inocente pueblo, ha sido engaña-

³⁰ *La Federación*, 27-XI-1871.

³¹ Véase la voz «Clase media», en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan FRANCISCO FUENTES (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 161-166.

³² *La Igualdad*, 10-IV-1871.

³³ «Ce ne fut sans doute qu'un combat d'avant-garde où le peuple, comprimé dans une lutte militaire savante, ne put déployer ses idées ni ses légions, aussi n'a-t-il pas la maladresse d'enfermer la Révolution dans cet épisode gigantesque [...]», Prosper-Olivier LISSAGARAY, *Histoire de la Commune de 1871*, Paris, E. Dentu Éditeur, 1896, 576 p., p. 490. Primera edición en Bruselas, 1876.

³⁴ *Id.*, 11-VI-1871.

³⁵ *La Esperanza*, 17-IV-1871.

do por los «apóstoles de la mentira»³⁶. Y los análisis de los acontecimientos parisinos no sirven sino para ensalzar los valores propios y hacer encajar la noción de pueblo en su propia ideología: en el caso carlista, el pueblo español encarna la tradición. Lo mismo ocurre, por supuesto, con los progresistas, como ya lo hemos podido notar: se pondera la prudencia y sensatez del pueblo español, opuesta, claro está, a la efervescencia, los desbordamientos que se han podido observar en el pueblo francés.

Después de la semana sangrienta, abundan en los órganos republicanos e internacionales los homenajes al pueblo de París en artículos o incluso en odas poéticas que representan los acontecimientos parisinos bajo la forma de una auténtica gesta. Tomemos el ejemplo de la oda publicada por *La Ilustración Republicana Federal* escuetamente titulada «Los tiranos del mundo. París. Oda». En ésta, el héroe, víctima de los tiranos y déspotas, es «el gigante pueblo»³⁷. En los empleos sucesivos de «pueblo», «plebe» y «canalla», el autor, el republicano de origen malagueño Francisco Flores y García, denuncia la manipulación del lenguaje político. Aquellos que sucumbieron identificados como el pueblo, son, según la versión oficial de la historia, «la plebe» y «la canalla». El autor cuestiona la versión oficial, poniendo estos dos últimos términos en bastardilla:

Ya el pueblo ha sucumbido,
Ya cayeron las huestes redentoras
Al fuego destructor de la metralla,
Ya la *plebe* purgó sus liviandades;
Ya el *orden* redimió las sociedades
Librándolas al fin de la *canalla*.

Este breve fragmento pone de manifiesto un lenguaje político «reversible» o de doble uso, con el empleo de la metáfora religiosa de la redención aplicada al pueblo que ha sucumbido y luego al *orden*.

Al lado de esas composiciones poéticas, la feroz represión dará lugar en los medios republicanos y sobre todo internacionales a una auténtica transfiguración y mitificación de la Comuna en la cual el pueblo, bajo forma de héroe colectivo, o representado por algunos héroes individuales (como Rossel, Ferré) a los cuales el pueblo rinde homenaje, aparece en la figura del mártir, siguiendo una retórica religiosa al uso en el lenguaje político de republicanos y anarquistas³⁸ y que acabamos de ver expresada en la ima-

³⁶ *Ibid.*

³⁷ *La Ilustración Republicana Federal*, 24-VI-1871.

³⁸ Ya la retórica liberal española de la primera mitad del siglo XIX había inaugurado lo que bien puede llamarse una cultura del sacrificio y del martirio en aras de la libertad. Véa-

gen de la redención en el poema de Flores y García. A través de la apropiación simbólica de la Comuna de París se trasluce claramente la mitificación del pueblo, pueblo que se representa en la iconografía como un renovado Jesucristo llevando a cuestas la palma del martirio³⁹ o, ya en clave paródica en la época de la Restauración, como héroe de «pasiones modernas»⁴⁰.

Es cierto que las apropiaciones y reapropiaciones, sobredefiniciones y las mitificaciones, que afectan el concepto de pueblo en ese corto período cronológico que acabamos de considerar, vienen a cuestionar seriamente el contenido socio-político del concepto tanto en Francia como en España. Así, en su introducción a la obra de Ramón de Cala, *Los comuneros de París*, Francisco Pi y Margall al término «pueblo» prefiere el sintagma «clases jornaleras» para evocar la revolución social contrapuesta a la revolución política de la clase media⁴¹. El historiador Juan Francisco Fuentes observa que, a partir de 1868, y con la llegada de la literatura internacionalista, el concepto «pueblo» pierde protagonismo y es sustituido por términos más clasistas como el de «proletariado», «masas jornaleras» o «clase obrera»⁴². Si bien no cabe duda de que el concepto entra en crisis en esos años del Sexenio Revolucionario, y al fin y al cabo nuestra breve aproximación no viene a indicar lo contrario, cabe destacar que este concepto no pierde terreno en tanto que referente simbólico para denominar a los actores, héroes del movimiento comunero y víctimas de la cruenta e indiscriminada represión. Con la Comuna de París de 1871 se afirma el protagonismo de una fuerza político-social que los estudios inmediatos designan la más de las veces con la voz «pueblo». Para Prosper-Olivier Lissagaray, en su *Histoire de la Commune de 1871*, el actor de aquel episodio es indudablemente el pueblo.

se, por ejemplo, *Los mártires de la libertad* publicado en 1853 por Victoriano AMELLER y Mariano CASTILLO (Madrid, Imprenta de Luis García), que recoge, en dos tomos, 59 biografías o relatos de sublevación y represión, desde la rebelión de la Comunidades de 1521 hasta Muñoz Torrero.

³⁹ Ver *La Campana de Gracia*, 2-IV-1871.

⁴⁰ Por ejemplo, *La Tramontana*, 23-IV-1886.

⁴¹ *Los comuneros de París*, op. cit., p. 13.

⁴² En *Diccionario político y social del siglo XIX español*, op. cit., pp. 169 y 586-593.